

Dualidades y Filosofía de la mente*

Roberto Avila A.

Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia

Yolanda Caro Moreno

Estudiante Licenciatura en Filosofía, UPTC

Resumen:

En este artículo se propone hacer una revisión a algunas de las versiones tradicionales del análisis filosófico que aceptan formas de dualismo en la relación mente-cuerpo y razón-emoción. Se inicia con un recuento sobre las versiones actuales acerca de cómo se concibe el problema del conocimiento de la realidad como necesidad de la evolución biológica para luego abordar ciertas concepciones dualistas de la mente y del hombre que subrayan el papel de la razón, del alma o de la mente ignorando su vínculo con el cuerpo y con las emociones del ser humano. Se contrastan estas visiones con las de autores que defienden una concepción que integra los diversos aspectos del ser humano, esto es, razón, cuerpo y entorno, como la única posibilidad de entender la complejidad del comportamiento humano y de sus relaciones con la realidad.

Palabras clave: Filosofía de la mente, mente-cuerpo, razón, emociones, dualismo.

Abstract: Dualisms and philosophy of the mind

This article aims to make a revision of some of the traditional versions of philosophical analysis that accept forms of dualism regarding mind-body and reason (rationality) -emotion. We will start with the recapitulation of current studies that situate the problem of the knowledge of reality as a necessity of biological evolution. We will then examine certain dualist conceptions of the mind and man that highlight the role of reason, soul, or mind, ignoring its connection with the body and emotions of the human being. These visions will then be contrasted with those of authors who defend a conception that integrates the diverse aspects of the human being; that is, reason, body and environment, as the only possibility of understanding the complexity of human behavior and its relations with reality.

Key words: philosophy of mind, mind-body, reason (rationality), emotions, dualism

* Artículo producto de la investigación del grupo *Vórtice* sobre “Los espacios del determinismo”, adscrito a la Escuela de Filosofía UPTC

La relación que ha existido entre ciencia y filosofía tradicionalmente ha sido fructífera y un tanto problemática en la medida en que, en algunas áreas, la filosofía se ha dedicado a indagar sobre algunas de las cuestiones que la ciencia aun no ha dilucidado. Lo que caracteriza a un estudio como parte de la ciencia es que se hayan delimitado ciertos problemas sobre los cuales se ha de trabajar; lo cual implica que se defina cuáles son los objetos a estudiar y desde qué aspectos, también que se definan los métodos de abordaje posibles y los criterios de validación aceptables para cierta forma de conocimiento; todo lo cual resulta siendo muy complejo en las áreas dedicadas al estudio del ser humano. En esta perspectiva, lo que se pretende desarrollar en el presente artículo es una reflexión acerca de algunas opciones de aproximación a las preguntas sobre cómo conocemos y cómo algunas de las concepciones tradicionales sobre la dualidad del ser humano y de su actividad racional pueden ser comprendidos desde ópticas más actuales y a la vez más capaces de establecer relaciones cercanas entre ciencia y filosofía. No hay que dejar de hacer la aclaración de que este es un estudio que se ocupa de un tema limítrofe entre la ciencia y la filosofía y que, obviamente, dejamos para los expertos los detalles más precisos acerca del funcionamiento del cerebro.

a. Otra perspectiva sobre el conocimiento

Con base en los aportes hechos por la ciencia sobre el comportamiento humano, es necesario aclarar que el conocimiento se define en términos evolutivos de una forma que no coincide necesariamente con la

definición que hace la filosofía, la cual lo restringe a la *razón racional* (término que, como intentaremos aclarar, no es tan redundante como se podría pensar); y es bien sabido que la filosofía muestra los fundamentos de la razón a partir de sí misma. Así, nos adherimos a la opción que asume el conocimiento en un sentido más amplio: “como aquella acción por la que los sistemas vivientes, gracias a su paulatina adaptación, extraen legalidad del mundo”¹. De esta forma podemos entender los medios cognoscitivos desde diferentes ópticas: desde la condición biológica de la conducta, que ha probado la existencia de una formación gradual de mecanismos cuya contribución consiste en dotar en su medio a los organismos de programas eficaces para encontrar la solución ante situaciones y sucesos cada vez más complejos. Incluso, es necesario hablar de las condiciones convergentes de la evolución, puesto que “las formas de cálculo de datos llegan, no solo en el cerebro de los animales sino también en el del hombre, a los mismos modelos de solución normativos e interdependientes, jerárquicos y transmitidos”², de esta manera es posible no solo el continuo de la evolución sino el continuo del proceso de conocimiento del medio, que establece la unidad y la utilidad del conocimiento.

¿Cómo se conoce?, ¿cómo se interactúa con el mundo? Hoy sabemos que todo ser viviente contiene información almacenada que le permite responder a las condiciones bajo

1 RIEDL, Rupert. *Biología del conocimiento: Los fundamentos filogenéticos de la razón*. Barcelona: Labor, 1983, p. 7.

2 *Ibid.*, p. 11.

las cuales existe, además de las que va a encontrar la generación siguiente. Esto, unido a la repetición de los sucesos vitales significa una permanencia de las anticipaciones y de los *juicios* preformados que se hacen del medio. Y, como dice Riedl: “Esto se pone especialmente de manifiesto en las estructuras temporales reiterativas de la conducta. De esa forma surge en cierto modo una selección de representaciones del mundo razonables, consistentes en un sistema de prejuicios adecuados acerca del sector del mundo real relevante en cada caso”.

Esta explicación esencialmente biológica de cómo conoce un organismo su medio y cómo saca su mayor provecho de la realidad, en pro de la supervivencia, al parecer no puede darnos un esclarecimiento efectivo de la posición del ser humano que antepone su razón y conocimiento por encima del mundo y de la realidad: “Solo somos conscientes de lo consciente”. Pero intuimos que tenemos un algo inconsciente que opera más allá de nuestra voluntad. Entonces se hace necesaria una aclaración: en principio, todo conocimiento humano se logra por medio de un mecanismo fisiológico del sistema nervioso central, al que se denomina aparato cognitivo, y los conocimientos accesibles a la conciencia y a la reflexión constituyen el sistema de la razón racional.

De otro lado está el aparato racionomorfo que está constituido por aquellos mecanismos de cálculo que en cuanto precursores filogenéticos, representan los presupuestos funcionales de la razón, esto es, realizaciones cognoscitivas no conscientes³; aparato que

3 Ibid., p. 23.

es en gran medida el responsable de una cantidad considerable de nuestras decisiones, por ejemplo, es capaz de calcular el azar y la necesidad, es decir, supone lo casual frente a lo necesario en la condición de lo previsible y lo posible; esta perspectiva, como dice Riedl, descubre tres estratos de presupuestos:

la hipótesis de que algunos acontecimientos probablemente serán observables de nuevo; la hipótesis de que en este mundo se repiten las formas de orden y, por último, la hipótesis de un mundo aparentemente real. Pues la hipótesis de lo aparentemente verdadero incluye la expectativa de que, bajo determinadas condiciones, probablemente se podrán pronosticar muchas de las experiencias realizadas, y que, por tanto, se las podrá confirmar con la repetición⁴.

Entonces, las decisiones que consideramos acertadas y razonables son las que contribuyen a la preservación y mejoramiento de las circunstancias vitales. Y realmente no es otra cosa lo que se hace en lo cotidiano pues no siempre se somete a comprobación las decisiones, es más, se actúa decidiendo bajo expectativas y experiencias que permiten repetir procedimientos en la búsqueda de soluciones de los problemas.

Entender de esta forma el conocimiento implica aceptar que la razón y las emociones humanas tuvieron un desarrollo simultáneo, en otras palabras que no pudo haberse dado un desarrollo del cerebro independiente del cuerpo, es decir, de “los mecanismos de regulación biológica”⁵. Nos cuesta aceptar que los sentimientos también son

4 Ibid., p. 59.

5 DAMASIO, Antonio R. *El error de Descartes*. Barcelona: Crítica, 2001, p. 10.

una forma de conocimiento derivada del necesario manejo de la realidad: no podemos relacionarnos con la naturaleza exclusivamente con lo que llamamos razón (o razón racional, en palabras de Riedl) sino que dependemos de sensaciones, emociones y sentimientos; nuestra estructura mental no es solamente cerebral sino que se desarrolla en plena dependencia de la manera en la que se ha formado nuestro cuerpo: “los fenómenos mentales sólo pueden comprenderse cabalmente en el contexto de la interacción de un organismo con su ambiente”⁶.

La prueba se encuentra en las relaciones neurales que existen entre los mecanismos de razonamiento y los que procesan las emociones: la emoción depende de la información que llega del cuerpo; se forma como un mecanismo mediante el cual el cuerpo se protege de la razón, pues no es este el mecanismo adecuado para la toma de decisiones urgentes. Ante una situación de peligro, por ejemplo, lo conveniente no es sentarse a razonar sino tener una reacción corporal que permita preservar nuestra existencia⁷. Por eso tenemos sensaciones viscerales, por el hecho de que necesitamos grabar nuestro cuerpo y nuestra mente con las reacciones adecuadas de respuesta a ciertos estímulos; es lo que Damasio llama marcadores somáticos, es decir, las vías neuronales que han permitido cargar emotiva y corporalmente ciertas situaciones, de forma positiva o negativa para evitar razonar excesivamente sobre las respuestas adecuadas a algunas situaciones. Se asocian respuestas positivas a las situaciones que nos han gratificado y sensaciones negativas a situa-

6 *Ibíd.*, p. 13.

7 *Ibíd.*, p. 87.

ciones riesgosas, es una “calificación automática de predicciones”, que nos ayuda a evitar el dolor y a procurarnos placer. El cuerpo siente y evita un razonamiento lógico que es prolongado y puede ser peligroso o, en todo caso, costoso⁸.

De todas formas, a pesar de lo cierto que puede ser este proceso de adquisición del conocimiento, hay una evidencia que sobrevive en defensa de la razón del ser humano y es que su desarrollo se constituyó gracias a la reflexión consciente, y es esto precisamente lo que se percibe cuando usa su entendimiento para hacer ciencia, música, y para resolver ciertos problemas. Riedl no desconoce la razón humana, por el contrario, no se puede desconocer lo que hace por nosotros. La razón humana necesita tanto de sus preceptores innatos como de su superestructura reflexiva consciente, lo cual puede generar una suerte de competencia entre formas de conocer, pues sus fuentes de certeza pueden ser en un caso una observación y en otros una explicación: “se encuentra instalado en el centro de aquella vasta jerarquía de coincidencias que nosotros denominamos experiencias, enunciados de experiencia o leyes de la naturaleza y sus casos”⁹.

“Usted, sus alegrías y sus penas, sus recuerdos y sus ambiciones, su propio sentido de la identidad personal y su libre voluntad, no son más que el comportamiento de un vasto conjunto de células nerviosas y de moléculas asociadas”¹⁰. Así inicia Crick la

8 *Ibíd.*, pp 166, 178.

9 Riedl. *Op. Cit.*, p. 220.

10 CRICK, Francis. *La búsqueda científica del alma*. 2ª ed. Madrid: Debate, 1994, p. 3.

explicación de que el comportamiento de la mente/cerebro puede ser entendido a partir de la asociación de las células nerviosas entre ellas y con el resto del cuerpo, proceso que es el resultado de los años de evolución y educación. Todos los mamíferos tenemos un sistema nervioso que está diseñado para desempeñarse y cumplir más o menos con el mismo plan general. El cerebro se encarga de dar respuesta a las muchas fuentes de impulsos eléctricos que recibe del resto del organismo, del cuerpo y, como resultado, se devuelve información de salida bajo la forma de impulsos eléctricos y señales químicas, que responden a las señales que vienen del exterior del cuerpo y que regulan también el interior¹¹.

Algunas de las explicaciones biologicistas que aún se siguen elaborando continúan con el propósito de reducir los comportamientos humanos a factores cuantificables, con la esperanza de que se puedan encontrar tipologías que nos hagan medianamente comprensible el mundo, lo que ha tenido muy diversas expresiones, que van desde los primeros estudios sociológicos sobre suicidio hasta la frenología, dejando en el medio las clasificaciones de los humores y las patologías del comportamiento. Puede que esta inclinación obedezca a la necesidad de simplificar el mundo para entenderlo o a la vana esperanza de que la reducción de factores al mínimo indispensable nos acerque a la posible comprensión de las estructuras elementales que habría bajo lo aparente. El otro viejo propósito de dividir para comprender se ve particularmente confrontado en los intentos de elaborar teorías de la mente como las que veremos a continuación.

11 *Ibíd.*, pp. 113-114.

b. Concepciones duales

Las versiones más recientes de operación del cerebro basadas en su cartografía sitúan mecánicamente las funciones cerebrales, ignorando la plasticidad de este complejo órgano. Sin embargo, no podemos desconocer que este es un principio válido para explicar las relaciones entre el cerebro y el cuerpo, siempre que no se olvide que hay un considerable grado de adaptabilidad y que no hay propiamente un dualismo que permita separar los dos aspectos en cuestión: esto es, que no hay una mente sin un cerebro ni un cerebro (sano) sin mente. Por eso es necesario que se conozca la arquitectura cerebral como medio de acercamiento a las pistas que pueden llevarnos a entender algunas de las explicaciones que se han manejado tradicionalmente acerca de ciertas formas de la dualidad humana, aclarando que se hará una exposición muy somera que cometerá sin duda algunas injusticias con los autores aludidos, pero nos parece necesaria a fin de contribuir a la sepultura de algunas ideas que ya pueden ser desarrolladas tranquilamente por la ciencia.

Hay un cierto paralelismo en lo que se refiere a las concepciones duales del hombre que parten de la separación entre cuerpo y alma, los conceptos de lo apolíneo y lo dionisiaco y los de yo y superyo. Sin que se pueda dar una perfecta equivalencia entre estas clasificaciones consideramos necesario hacer una comparación entre ellas como una manera de ver una serie de recurrencias y puntos comunes que pueden ser considerados la base de una revisión a la luz de la información actual.

La división de cuerpo y alma siempre ha estado marcada por un fuerte desprecio hacia el cuerpo debido al prejuicio de que el cuerpo es la fuente de las pasiones, del padecer: ambas expresiones están emparentadas con el dolor, con las limitaciones físicas. La idea de alma cayó en desuso por su vaguedad e indefinición, aunque se intentó resucitar en la concepción de que el alma era el asiento de la emoción y el espíritu el de la razón. Aunque hoy ya no se hable de alma sino de mente, parece que subsiste alguna inclinación a considerarlos conceptos equivalentes, o por lo menos, sucesivos, con lo cual el concepto de mente heredó algunos de las limitantes de su antecesor. En particular la idea de que la mente es el asiento exclusivo de la racionalidad, frente al cual se erige un cuerpo imperfecto, cuyas emociones impiden una racionalidad pura: la pasión aleja del ascetismo y se necesita una limpieza por medio del castigo al cuerpo impuro o, por lo menos, acceder a lo sublime para limpiar el ánimo contaminado.

Tradicionalmente la humanidad ha encontrado diversas oposiciones en su análisis del mundo; al parecer sufrimos de una especie de inclinación binaria que nos lleva a entender la realidad como un conjunto de opuestos, iniciando tal vez en la tensión entre verdad y falsedad. Pero de allí derivamos que hay oposiciones entre lo bueno y lo malo, lo negro y lo blanco, etc. Esa especie de inclinación binaria nos ha servido para crear una estructura lógica del razonamiento que funciona muy bien en la medida en que trabajar con solo dos valores de verdad nos ayuda a simplificar y a ordenar los procedimientos para estar seguros de la corrección formal de las herramientas de la lógica. Hay que imaginar las dificultades que

comporta trabajar con sistemas que usan tres valores de verdad o, aún más, los que trabajan con el continuo de las infinitas posibilidades que se encuentran entre el 0 y el 1, esto es entre lo falso y lo verdadero. Pueda que la realidad sea más acorde con este modelo, esto es, que sea más difusa, pero nuestro razonamiento continúa operando con sus dos tradicionales valores que le sirven aunque también, es justo decirlo, lo limitan gravemente: basta mencionar la creencia en antivalores, derivada de la fácil oposición que concibe el mal como valor a partir de la idea del bien, o la pérdida de los matices que hay entre lo verdadero y lo falso.

Corballis recopila una serie de relaciones entre opuestos en torno a la lateralidad que empiezan en lo mítico, en orígenes diversos:

En la Tabla Pitagórica de Opuestos, recordada por Aristóteles, la derecha se asociaba con lo limitado, lo impar, la unidad, lo masculino, el descanso, lo recto, la luz, el bien y el cuadrado, mientras que la izquierda significaba lo ilimitado, lo par, lo múltiple, lo femenino, el movimiento, lo curvo, la oscuridad, el mal, el rectángulo (Lloyd, 1962). Notoriamente tablas similares pueden ser construidas a partir de los símbolos de otras culturas sin ninguna relación entre ellas¹².

Esta diferencia, al parecer, se basa en el hecho de que somos mayoritariamente diestros, lo que ha favorecido una concepción que asigna valores positivos a uno de los lados sobre el otro, lo cual puede en alguna medida explicar la concordancia entre di-

12 CORBALLIS, Michael. *Human Lateralidad*. New York: Academic Press, 1983, p. 2. Traducción nuestra.

ferentes culturas acerca de tal predominancia y consecuente predilección.

La división que hace Nietzsche¹³ entre lo apolíneo y lo dionisiaco acude en alguna medida a la constante oposición entre los aspectos racionales y pasionales del hombre, entendidos como potencias o instintos artísticos que vienen más de la naturaleza que de lo mental. El arte es fruto de esa oposición entre las pulsiones que llevan al ser humano hacia la necesidad de orden o hacia lo creativo:

Apolo simboliza el instinto figurativo; es el dios de la claridad, de la luz, de la medida, de la forma, de la disposición bella; Dionisos es, en cambio, el dios de lo caótico y desmesurado, de lo informe, del oleaje hirviente de la vida, del frenesí sexual, el dios de la noche y, en contraposición a Apolo, que ama las figuras, el dios de la música (...) Seductora, excitante, que desata todas las pasiones¹⁴.

En justicia hay que decir que esta visión del autor no deja de ser desinformada en la medida en que lo que se podía conocer en el siglo XIX sobre música y tragedia antigua se reducía a unos pocos textos y referencias: es una perspectiva de filosofía especulativa teñida de literatura pero es interesante traerla a cuento en el contexto de la dualidad de la naturaleza humana.

13 NIETZSCHE, F El origen de la tragedia. P. 28.

14 FINK, Eugen. *La filosofía de Nietzsche*. 6ª ed. Madrid: Alianza, 1984, p. 21. Fink aclara que esta división es apenas de la primera parte de la obra, pues en últimas lo que va a suceder es que lo dionisiaco se ve como un momento de lo apolíneo.

Como respuesta a este legado filosófico han surgido diferentes propuestas para ver al hombre desde una perspectiva diferente: en *El malestar en la cultura*¹⁵ Freud se dedica a interpretar la consternación del hombre frente a la imposibilidad de *ser* gracias a la pugna que existe entre cuerpo, naturaleza y cultura, situación que se desencadena patológicamente. Además de este, hay un conflicto aún más determinante, que se da entre la pulsión de muerte y la pulsión del Eros, y la dificultad de expresarlo en su forma más natural: la agresividad. Este sentimiento agresivo del hombre, que de alguna forma es connatural a él, ha sido coartado por la cultura ya que es el derrotero de la misma y se ha convertido en una especie de sentimiento moral que, según el autor, ataca al individuo desde su propio yo generando un sentimiento de culpabilidad. En términos de Freud “La renuncia instintual ya no tiene pleno efecto absolvente; la virtuosa abstinencia ya no es recompensada con la seguridad de mantener el amor, y el individuo ha trocado una catástrofe exterior amenazante –pérdida de amor y castigo por la autoridad exterior– por una desgracia interior permanente: la tensión del sentimiento de culpabilidad”¹⁶. Es evidente la visión pesimista y dividida que del individuo que hay bajo esta interpretación: divide al ser humano en una razón que quiere sobreponerse al sótano despreciable de lo corporal.

La teoría freudiana contempla al individuo como un sujeto atrapado tanto en lo pul-

15 FREUD, Sigmund, *Obras completas*, vol. 17, ensayos CLIII- CLXV. Ediciones Orbis. S. A. Hyspamerica 1993.

16 *Ibíd.*, p. 3056.

sional como en lo inconsciente, que recae en diferentes tipos de padecimientos. Si no hay una satisfacción de lo pulsional, el inconsciente se encarga de que el individuo somatice como respuesta a dicha carencia. Según Freud la enfermedad es una respuesta del sujeto que se ve amenazado todo el tiempo por la naturaleza, la caducidad del propio cuerpo y la insuficiencia de los métodos que utiliza el sujeto para regular las relaciones humanas en la familia, el Estado y la sociedad¹⁷. De esta manera es imposible que el ser humano alcance el propósito de su propia vida que está regido por la búsqueda de la felicidad. Pero, como es previsible, no es fácil encontrarla y lo que hacemos es evitar el dolor y el sufrimiento.

Para entender las relaciones duales que propone Freud entre el *yo* y el *superyo* en *El malestar en la cultura* es necesario aclarar el significado que tienen para él estos dos términos. En la tradición psicoanalítica cuando se habla del *yo* se hace referencia a la personalidad del sujeto; él es sabedor de su identidad y por lo tanto se asume como ser individual separado del medio en el que interactúa como ser social. Esta consciencia del yo individual hay que contemplarla desde la óptica de la transformación y la adaptación que ha sufrido el sujeto en relación con los requerimientos del mundo exterior, es decir, que para llegar a dicha personalidad es necesario pasar por un grado de mediación cultural, en la cual tiene asidero el *superyo*, ese grado de afectación que se ejerce sobre la conciencia del individuo a partir de ideas y preceptos morales que son

interiorizados para frenar los impulsos instintivos del ser humano.

La problemática que se plantea en el texto está determinada por el choque que se suscita al sacrificar lo que le corresponde al individuo en aras de mantener la cohesión social pues la cultura reposa sobre la renuncia a las satisfacciones de los instintos. De esta manera es imposible cumplir el objetivo de la vida que es encontrar y conservar la felicidad; por el contrario, lo que vemos es que este ideal del hombre se ha sustituido por un sentimiento que pretende que escapar del dolor y la desgracia es suficiente para relegar el ideal del placer¹⁸, entonces ya no se opta por los estados placenteros que se originan por los instintos satisfechos sino por una realidad que es ajena a ellos. En el momento en que la realidad se torna insoportable y nos depara excesivos sufrimientos no queda mucho por hacer sino recurrir a tres diferentes consuelos: “distracciones poderosas que nos hacen parecer pequeña nuestra miseria; satisfacciones sustitutivas que la reducen; y narcóticos que nos tornan insensibles a ella.”¹⁹ Esta dualidad que propone Freud entre un *yo* que intenta manifestarse y un *superyo* que lesiona la individualidad con el propósito de mantener una sociedad civilizada se ve reafirmada en las restricciones impuestas a la vida sexual.

Esta sucinta exposición de las ideas que atraviesan el texto nos deja rastrear la dualidad tácita en el hombre y la cultura. Por un lado está el individuo que al parecer debe sacrificar sus instintos, sus pulsiones, etc., con

17 SIGMUND, Freud; Obras Completas, El malestar en la cultura. Ed. Hyspamerica. Volumen 17, Pág. 3031.

18 Págs 3024-3025.

19 Pág. 3024.

miras a sostener una sociedad que lo protege de ser un desvalido solitario. Por el otro está la cultura, la fuerza que cohesiona la sociedad, que se basa en el sacrificio individual por la renuncia al placer instintual y de agresión. De aquí surge el sentimiento de culpabilidad (impuesto por medio de las reglas morales) para mantener el control del hombre, que vigila su vida sexual, afectiva, familiar, etc., imponiendo reglas que al incumplirse generan un malestar culpable y aún la enfermedad.

Los aportes de Freud a la comprensión de algunos fenómenos humanos es indudable, pero otros aspectos han dejado de tener sentido: la dualidad de individuo y sociedad no se origina con la civilización sino que fue una constante en las especies que nos antecedieron; es más un hecho biológico que cultural, propio de animales gregarios. También el sentimiento moral puede ser entendido de forma diferente: como la búsqueda de objetivos que están ligados a lo que entendemos como satisfactorio o a lo que corresponde a los instintos.

En las sociedades humanas existen convenciones sociales y normas éticas por encima de las que ya proporciona la biología. Estas capas adicionales de control modelan el comportamiento instintivo de modo que pueda adaptarse de forma flexible a un ambiente complejo y en rápido cambio y aseguren la supervivencia para el individuo y para otros [...] en circunstancias en la que una respuesta preestablecida procedente del repertorio natural sería contraproducente, de inmediato o la larga²⁰.

Lo que propone Damasio es que los sentimientos morales no son más que el re-

20 DAMASIO, A., El error de Descartes, Pág. 123.

sultado de la regulación neurobiológica orientada a la supervivencia; dichos sentimientos han sido moldeados por la socialización y por la cultura. Las emociones son procesos elaborados a partir de las reacciones más sencillas: se elaboran respuestas que van dirigidas hacia el cuerpo y hacia el cerebro con el fin de obtener una regulación y respuesta mutua que permita la supervivencia del organismo. Las señales neuronales y químicas permiten asociar respuestas que se consideran positivas ante determinadas circunstancias, y de otras que generan rechazo ante las situaciones que producen temor, en un enfoque más básico que el del individuo freudiano escindido. El problema está en la concepción dual que opone lo individual a lo colectivo y la razón a los instintos: la razón ha sido usada para justificar desde lo más sublime hasta lo más abyecto.

En este punto se hace necesario aclarar cómo se da la toma de decisiones. Desde la perspectiva freudiana, el yo reflexivo, consciente es capaz de intervenir en los designios del inconsciente que pugnan por una satisfacción de lo pulsional. En otras palabras, la función del yo es mediar entre la censura (criterio moral) que es la entidad del super yo, y el ello o inconsciente que es lo más primitivo en el ser humano. Para Damasio la toma de decisiones está determinada por relaciones orgánicas que son de alguna forma insolubles entre los mecanismos de razonamiento y los que procesan las emociones.

Conclusión

La posición que estamos tratando de defender es que entender al hombre implica

la necesidad de apreciarlo desde diversas dimensiones pues no podemos hablar de comportamiento humano, de conocimiento, de razón, etc., si no tenemos como referencia el trabajo científico que se ha cosechado en los últimos tiempos. Con esto no se quiere decir que la ciencia sea la única que tiene algo que decir acerca del comportamiento humano pues es indudable que existe un legado de especulaciones que han determinado nuestra concepción del hombre. La tradición filosófica se inclina a entender al hombre solamente desde la facultad de la razón y esto ha sido concluyente para creer en una supuesta división de lo racional y lo sensitivo, que separaría al hombre de los demás seres de la naturaleza. La persistencia en las concepciones duales se basa, en principio, en cierta asimetría funcional que existe en nuestro cerebro: el hemisferio izquierdo es dominante en los procedimientos analíticos y el derecho para los holísticos. Eccles habla de hemisferio mayor y menor: tenemos un lado receptor que procesa lo ideacional, las similitudes conceptuales, hace síntesis en el tiempo, analiza detalles y es aritmético. Del otro lado está el cerebro dominante o izquierdo que se relaciona con la autoconciencia, que es verbal y musical, que posee un sentido pictórico y de formas, hace análisis en el tiempo y es geométrico además de espacial²¹. Hoy podemos hablar más exactamente de que el hemisferio derecho es un cerebro tan desarrollado como el izquierdo, pero que no puede expresarse por medio del lenguaje, por eso su información no la procesamos conscientemente. Son muy dicentes los tra-

bajos de Oliver Sacks al respecto, basados en el tipo de anomalías que suceden cuando se alteran las funciones del hemisferio derecho: se presentan casos de disfunciones inconscientes, como el caso de un ciego que no acepta estudiar Braille pues niega ser ciego.

Las especializaciones hemisféricas no operan por cuenta propia, a pesar de que en cada hemisferio existen capacidades específicas, hay una interrelación complementaria. Por ejemplo, “El hemisferio derecho detecta similitudes visuales con exclusión de las similitudes conceptuales; el hemisferio izquierdo hace lo contrario. El hemisferio derecho codifica las aferencias sensoriales en términos de imagen; el izquierdo, en términos de descripciones lingüísticas”²². Y precisamente esta complementación de funciones es lo que le da al ser humano la unidad, el sentido de individualidad.

Otro punto del cual nos apartamos de las concepciones filosóficas tradicionales es de la suposición que propone una separación entre lo sensitivo y lo razonable como dos categorías que no poseen ninguna relación, o peor aún, que se estorban mutuamente. La razón se ve a sí misma como dominante para conocer el mundo y al ser humano; los sentidos se desdeñan puesto que nos llevan a conocimientos erróneos. A la luz de la ciencia contemporánea este presupuesto filosófico es inválido pues es imposible que el cerebro viva sin los sentidos, sin el cuerpo y sin la información que por ellos se recibe. Hubiera sido catastrófico para algunos filósofos monistas del pasado encon-

21ECCLES, J. *La Evolución del Cerebro: creación de la conciencia*. Ed. Labor 1992, Págs 197-198.

22 *Ibid.* Pág 200.

trar una afirmación como la que postula la ciencia actual: “*los sentimientos son tan cognitivos como cualquier otra imagen perceptual*, y tan dependientes del procesamiento en la corteza cerebral como cualquier otra imagen”²³. También lo afirma Crick: “Hay un aspecto del cerebro que de tan evidente raramente se menciona: que está sujeto al cuerpo y se comunica con él. El sistema nervioso recibe información del cuerpo”²⁴, con ella el cerebro elabora la razón y, como lo dice Crick, el cuerpo participa y se comunica con él, entonces es imposible hacer una separación tajante entre los dos. Damasio corrobora cómo es posible tomar decisiones desde la información que proveen los sentidos y también de la imposibilidad de algo llamado razón pura, es más, el procedimiento es esencialmente biológico, como ya se ha aclarado en otro momento y tiene mucho que ver con los mecanismos de impulsos y de instintos con los que se responde adecuadamente al medio. Hay relaciones orgánicas indisolubles entre los mecanismos de razonamiento y los que procesan las emociones, pues están determinadas por redes de neuronas que procesan la información proveniente de todo el cuerpo. En otras palabras, la emoción depende de la información que llega del cuerpo y a la vez con este material se toman las decisiones que se consideran adecuadas²⁵.

Esta relación que existe entre razón y emoción es la que nos hace seres humanos capaces de pertenecer a una cultura y de decidir, pues interactuamos con diferentes medios. Entonces, se puede afirmar, como dice Damasio, que nosotros como herederos de muchos años de evolución cerebral y cultural podemos llamar identidad individual al mantenimiento de una secuencia de percepciones sobre el cuerpo en contraste con los cambios del mundo exterior.

23 Damasio., Op. Cit., p. 153. Subrayado del autor.

24 Crick. Op. Cit., p. 101.

25 Damasio. Op.cit., p. 84.

